

LA SOMBRA DE MATTÁ

Por Angel Custodio Espejo

Das estróneas atracciones irradian en mí.

Conocer a Mattá, fue una de ellas.

Pasare alguna vez por la "Ciudad Luz", fué otra.

Estaciones de fuerza, antenas que alimentaron el ensueño de mi adolescencia enarbolada del ideal.

Pocos poderosos de inmortalidad que atraían a un espíritu con ansia de infinito, pero de alas muy frías.

Cuando conocí a Mattá, en Copiapó, en mi cuartel, sentí acercarme a una estatua.

Antes admiraba al ser superior con el respeto bello que impone un dominio moral.

Desde aquel momento le amaba con la devoción de catecúmeno.

Después, la constitución, la moral, las normas morales, en suspenso las escuelas y las Cortes de Justicia, convertidas en faros, los hombres convertidos en faros, el instinto del muchacho comprensivo le mandaba, protegido bajo una sombra de salud moral y de seriedad. Mattá se imponía como Padre, como Maestro, como Guía moral; guardaba en secreto no violado lo que peligra en la contienda fratricida y constituía la arquitectura viva del esfuerzo institucional de medio siglo. Tendría que derrumbarse Mattá con el Templo para que desapareciera la monumentalidad legal de una época.

Su mano austera estrechó la del oficial revolucionario que ya era entonces. Vinieron algunas remembranzas de los míos, que también, en puridad, habían sido suyos. Conoció mi curiosidad de niño, insaciable cuando se trataba de la documentación política. Y aquel hombre constituyó una historia viva que se paseaba conmigo en la calle Atacama, predicando sus enseñanzas. Después, por las mañanas o las tardes, al través de caminatas memorables a Paipote, al los arrancos de vuelo aquél del Patriarca sobre la libertad, sobre la justicia, sobre la Doctrina radient, sobre la Patria.

En su paréntesis, Meación, tenía a sus ojos avizoros—como un terrible flagelo para la juventud política—"el peligro del contacto deshonroso". "No entrar a la zona peligrosa... no contaminarse con el fraude..." era para él una defensa social

clamorosa, gritábame con su voz grave que se iba elevando hasta dar notas de gemido claro:

—Joven, no hay que resacaarse mucho. En las encarnadas de la vida es preferible marchar siempre adelante. Hombres de libertad, a usted se le enciende la espada...

Reflexionaba por:

—Anda, Beto, hombre marchó siempre a la vanguardia. Más aún, al sacrificio de la rebeldía sin compensación del tiempo. Así compuso democracia radical... sin espadas ni bayonetas. Sólo con manos que advertían, combatían a maldad.

Dijérase que se miraba al sendero recortado y que ante sus ojos se abría tanta siempre un camino de Damasco y la visión de un casto para las libertades públicas.

Una vez me dijo:

—Sin libertad no hay patria

ción de la vida política. Pero así, mi amigo, una sola herida podrida contaminó a todo un movimiento de naciones. Ellos se pudren por el error, como los políticos. Nos hacen mucho mal los espíritus vacilantes. Hubo una pausa. Yo estaba en el silencio, turbado sólo por nuestros gases, un tempestuoso silencio que me parecía una claridad suprema de la mente para ir grabando en placas directas esas arengas monótonas.

¿Pero cuál era el ideal basado en la filosofía de Platón?

Interrogé apremiante: ¿Cuál?

—La perfección del sufragio.

La educación de la Asamblea selecta. — No bien en su entendimiento esa condición, recordé el Patriarca, "calidad antes que número" — hecha por tribunos y santos laicos. Pero por aquellos profesores de ideales y cientistas del republicanismo, tal

cosa que por el trópez del poder, y en que el asombro se convertía, por fin de su error y de su conciencia radical, no podía pasar de su condición de casto de estos puntos, sino después de muchas pruebas y de fuertes estudios.

—Ven, usted—acercaba—mientras nos acercamos al doctor, crecen nuestros pensamientos. Habíamos como sentencias. En la misma villa de Paipote, por bre silencio mudo, nos afaja de los hombres y de sus vidas y mueras y nos pone en contacto con esa pequeña legión de ciclistas que araban la tierra para violar sus secretos. ¿Que está sus quédos? Parecen esconder la tumba de un Patriarca. Cada uno tiene el ansa de un superhombre. Y siempre siempre en el alcance... Cada uno de ellos posee una pertenencia que lo convertirá en Cristo.

Suspiré, para añadir, después de un rato de silencio:

—Tanto que se busca la opulencia en las entrañas de la tierra cuando uno lleva en sí mismo una mina de ricos filones, a veces inexplotada... ¿Qué bríos aquellos tan ricos son las filones del corazón. ¡X, a veces, que desenterré, pero cada pobre con las malas ideas de la cobardía!

—¿Cuánta riqueza moral perdida!

—Los grandes repúblicas fueron casi siempre solitarias. Creían en el aislamiento, en el aislamiento de los ideales. En ahí, la imaginación poderosa de los mineros y de la asonación en partana de sus caudillos. En el mundo desolado viven las figuras y subterráneos, la disciplina, el pensar hondo hacia filósofos estables al minero.

Llegábamos ante el boquerón de la vida, pertenencia que trabajaba el Patriarca. Allí nos encontrábamos ante aquella fauce de la tierra que parecía interrogarnos y por donde salían a rasos los quédos del barretero o los ardidos asombrados del apir.

Una tropa de héroes y muchos barriquitos separaba con sus arcadas repletas de metal.

Envolaba el cuadro algún paisaje luminoso de la Palestina, con un maestro sentado en una piedra, con un discípulo oyéndole maravillado y unas laberintos recorridos en el silencio cónico del que no puede llegar a conocer otra verdad que la del trabajo.



La sombra de Matta [artículo] Angel Custodio Espejo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Custodio Espejo, Angel, 1869-1932

FECHA DE PUBLICACIÓN

1924

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La sombra de Matta [artículo] Angel Custodio Espejo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile